

DOMINGO DE PENTECOSTÉS. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 20,19-23.

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. En esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

-Paz a vosotros.

Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió:

-Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.

Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

-Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

¡VEN ESPÍRITU SANTO!

Los Hechos de los Apóstoles relatan un episodio curioso. Al llegar a Éfeso, Pablo se encontró con algunos discípulos y les preguntó si conocían al Espíritu Santo. Ellos le contestaron: **«Ni siquiera hemos oído decir que haya un Espíritu Santo»**. Si hoy nos hicieran esa pregunta a muchos de nosotros, tal vez contestaríamos de manera similar. Sí que sabemos que hay un Espíritu Santo, pero **«ignoramos quién es en realidad y qué representa en nuestras vidas»**.

Hoy, festividad de Pentecostés, tenemos una buena ocasión para realizar este **«descubrimiento esencial»** para nuestra fe. Por ello, **«con la ayuda del mismo Espíritu Santo»**, recorramos, desde el principio, toda **«la historia de la salvación»** en busca de su presencia dulce y silenciosa.

Se ha dicho, con palabras terribles pero ciertas, que **«la violencia es la partera de la historia humana»** en alusión a que no es posible en nuestro mundo ningún cambio profundo sin guerras revoluciones y sangre. Sin embargo, no sucede igual en la otra historia, en **«la historia de la salvación»**, que tiene como protagonista a Dios. En esta otra historia, **«la partera es el Espíritu Santo, la fuerza y la dulzura del amor»**.

Todo nuevo inicio en el **«plan divino de la salvación»** revela una intervención especial del Espíritu de Dios. Los Padres de la Iglesia, en particular los griegos, lo percibieron perfectamente. **«¿Piensas en la creación?»**, decía San Basilio, pues ella fue obra del Espíritu Santo que adorna los cielos. **«¿Piensas en la venida de Cristo?»** El Espíritu la preparó y luego la realizó al descender sobre María. **«¿Piensas en la formación de la Iglesia?»** Es obra del Espíritu Santo, no de los hombres. **«¿Piensas en la parusía?»** El Espíritu no estará ausente ni siquiera en ese momento, cuando los muertos se levanten de la tierra y se revele desde el cielo nuestro Salvador.

En las Escrituras podemos descubrir, al igual que lo hizo Jesús, todo lo referido al Espíritu Santo. En **«el principio»**, se narra en el Génesis, **«Dios creó el cielo y la tierra»**. La tierra era algo informe y vacío y las tinieblas cubrían el abismo. Era el caos, pero he aquí que **«el espíritu de Dios»**, en la forma que fuese, actúa y se hace la luz, el orden, la armonía.

Más tarde, con ese lenguaje figurado de la Biblia, el 6º día de la Creación dijo Dios: **«Hagamos al hombre a nuestra imagen»**. Lo modeló con el barro de la tierra, una manera de expresar que Dios preparó, **«con las leyes de la evolución»** que Él mismo había encerrado en la materia, un animal viviente distinto a todos los demás, una criatura guiada por instintos y no iluminada en su interior por la luz de la razón.

Pero aquí interviene de nuevo esa misteriosa realidad que es el **«espíritu de Dios»** y esta criatura se transforma en hombre. Dice el Génesis que **«Dios insufló en sus narices aliento de vida y resultó el hombre un ser viviente»**, **«un ser espiritual dotado de razón y libertad»**, un ser **«capaz de dialogar con su Creador»**, **«capaz de convertirse en su amigo»**, pero también **«capaz de rebelarse contra Él»**.

La elección del hombre, por desgracia, recayó en esta última posibilidad. **«El hombre pecó»** y se produjo entonces una **«fractura profunda»** que **«creó la incomunicación entre Dios y el hombre»**, una incomunicación que, con el correr de los tiempos, cambió el rostro de la humanidad. Sin embargo, Dios no se rinde ante el mal y **«con su misericordia rehace su creación»**. Y para esta nueva creación, para esta nueva humanidad, manda un nuevo fundador, un nuevo Adán, su mismo Hijo **«Jesucristo»**. Lo extrajo de la carne de la Virgen María, como en un principio había extraído a Adán de la tierra virgen. Y todo ello, **«por obra del Espíritu Santo»**.

Toda la vida de Jesús se desarrolla **«bajo el signo del Espíritu Santo»**. Este es quien **«guía todas sus elecciones y obra los prodigios que realiza con los enfermos, con los oprimidos por el demonio, con los pecadores»**. Jesús es conducido por el Espíritu Santo y, al mismo tiempo, **«Jesús revela al Espíritu Santo»**. Jesús es **«una persona en Dios»**.

Una vez terminada su obra terrenal, **«Jesús es glorificado a la diestra del Padre»**. En la tierra ha dejado **«su Iglesia»**, son once apóstoles y algunos discípulos que viven escondidos y

temerosos, sin saber qué hacer. Son como aquel primer hombre, al que Dios todavía no le había transmitido el soplo de la vida.

Pero he aquí que, en el **«día de Pentecostés»**, se renueva el prodigio que marca todos los grandes inicios de la historia del mundo, del hombre y de Cristo.

Mientras sus discípulos estaban reunidos con



El Espíritu Santo verdaderamente nos transforma y cuenta con nosotros para transformar el mundo en que vivimos.
Francisco

¡Ven Espíritu Santo!
Ven y dame un corazón grande,
un corazón que sea capaz de
amar con humildad, con
mansedumbre, pero siempre,
un corazón grande para amar

Pidamos esta gracia al Espíritu
Santo para que nos libre del
camino del egoísmo que al final
siempre acaba mal.

¡Pidamos esta gracia!

Papa Francisco

María en el Cenáculo, **«irrumpe sobre ellos el Espíritu Santo»** y aquel pequeño rebaño se convierte en Iglesia, animada por el mismo Espíritu que había animado a Jesús. **«¡Pentecostés es el nacimiento de la Iglesia!»** Y la que había sido la madre de Jesús, ahora se convierte en **«Madre de la Iglesia»**.

El signo más visible que indica que **«algo nuevo ha sucedido en la tierra»** es que los apóstoles empiezan a hablar una lengua nueva, mejor aún, hablan su idioma habitual con una potencia nueva, **«con la fuerza del amor»**. El prodigio operado en aquel día de Pentecostés continúa hasta hoy en nosotros. Hoy nosotros, como Iglesia que somos, debemos **«poder comunicarnos con el lenguaje del amor»** derramado en los corazones por el Espíritu Santo para volver a descubrir nuestra calidad de **«hermanos»**.

Pero la libertad del hombre no hace otra cosa que cojear. **«Algo debemos de hacer»** cada vez que el odio enturbia el lenguaje humano, alimentando con su frío mensaje de muerte el lenguaje terrorífico de las bombas y de las armas. Vivimos tiempos difíciles que requieren que **«estemos unidos»** como Iglesia y que **«invoquemos»**, sobre nosotros y sobre el mundo entero, al Espíritu Santo, al **«Espíritu de la reconciliación, de la unidad y de la paz»**, a ese Espíritu que, si de veras se lo pedimos, **«es el inicio de una nueva vida en Cristo y en la Iglesia»**. Pidámosle, pues, con fervor: **«Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor»**. Y sigamos rezando con los ojos puestos en la paz en **«Ucrania»**. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

www.parrokiabetharram.com

5 de junio de 2022